

LA ACADEMIA DE DIBUJO DE LA CIUDAD DE VITORIA.



Hubo en los pasados tiempos, y en las Provincias Vascongadas, un Conde de Villafranca de Gaitan, que concibió el mas sutil y fecundo pensamiento; si bien le cupo á otro la gloria de su ejecucion y desarrollo: al Señor Conde de Peñafloreda.

Residia en Vergara el primero, y todos los años reuníase este con varios amigos, en una casa propiedad del segundo, situada fuera de la villa de Marquina, con el agradable objeto de pasar algunos dias unidos, entregándose al placer del arte músico, y al solaz de una mesa amistosa. Pues bien; el Señor Conde de Villafranca manifestó en uno de aquellos al de Peñafloreda, los bienes que las ciencias y las artes podrian reportar de esta misma reunion, encaminada á su cultivo; y he aquí el curioso origen de esa célebre Sociedad Vascongada, que fundada en Vergara, fue el primer reducto de las ciencias exactas al invadir nuestro alto Pirineo; siendo, ademas, la madre del Ilustre Seminario de este nombre, que tantos hombres distinguidos ha formado entre sus muros, para honra del Estado.

Pues hija de esta institucion fue igualmente la distinguida escuela ó academia de dibujo, cuyo frontis y moderna perspectiva ponemos á la cabeza de este artículo, sostenida desde su origen por ella, hasta su estincion por los indiscretos celos de un Gobierno tan desdichado, como absoluto.

Mas esta dolorosa pérdida la subsanó en 1818 la ciudad de Vitoria con uno de esos rasgos tan vo-

luntarios como desprendidos, que son el mas fiel termómetro de la cultura de los pueblos.

En efecto, formóse aquí para restablecerla, una suscripcion compuesta de caballeros, propietarios, y artesanos de la misma ciudad, y á sus esfuerzos é intereses debióse su instalacion y aperturas. Pagaban estos suscritores la módica retribucion de cuarenta reales anuales, facilitándole esta el derecho de poder enviar á su enseñanza los hijos y sobrinos, que formáran parte de sus familias. Los pobres eran admitidos *gratis*. Los no suscritos y que poseian medios, satisfacian ocho reales mensuales. Mas al principio, como todas las instituciones, que son débiles, interin alcanzan la madurez y el desarrollo, contaba solo con un Maestro dotado por los seis meses del curso, que principiaba en 15 de Setiembre, y concluía en 15 de Marzo, no enseñándose mas que el arte del dibujo, y un poco de arquitectura civil. A poco, se aumentó ya un Maestro de matemáticas, y el presupuesto de su consignación con un portero, y un ayudante mas.

El mismo celo de los suscritos les facilitó mayores medios para el feliz estado en que vamos á ver este establecimiento. Estos acudieron por conducto del Ayuntamiento al Monarca entonces reinante, y solicitaron un maravedí en libra de carne en 27 de Enero de 1825, á lo que accedió S. M. en 18 de Enero de 1826.

Contando ya con este producto anual, construyóse por contratas, al fiado, el bonito edificio, (mas bello aun en su interior) representado en la lámina de que hemos hecho mencion, y concluido en 1830 bajo la direccion del sabio arquitecto D. Benigno de Morasa, que tantos recuerdos de sus dotes artis-

ticos ha sabido dejar á la misma ciudad, ya civiles, ya religiosos, para el ornato y orgullo de esta, como satisfaccion de sus deudos. Los ejecutores de estas obras fueron satisfechos con los intereses correspondientes al capital que representaban, amortizándose estos por cada año á razon de 5000 rs.

Tales el estado en que hoy se encuentra, siendo tantas las ventajas que este establecimiento proporciona á los artistas y artesanos de Victoria, y tal la aplicacion de su juventud estudiosa, que no caben ya en el edificio todos los que quieren anualmente matricularse. En el año de 1845 lo hicieron 400, y no han podido asistir sino solo 300 á las clases de dibujo, arquitectura, yeso, paisaje y tabla. En el de 40 se matricularon para la enseñanza del dibujo 114, siendo para todos gratuita.

Su administracion es tan pura y religiosa, cual las caballerosas manos por donde pasan unos fondos tan benéficos; alabando nosotros en alta voz estos resultados, porque en los dias tan tristes que atravesamos, ni los públicos establecimientos se han librado del pestífero aliento del deshonor y la miseria. Baste decir, que en este, despues de cubiertos los gastos en proporcion aumentados, resta todavia un no pequeño residuo (1).

Cuatro son los profesores de esta academia, concreditados á la enseñanza de la arquitectura civil, talla, dibujo, yeso, figuras, cabezas, paisaje, animales, adornos, perspectiva, aritmética, y geometría; y al recordarlos aqui con el honor que nos han merecido el presenciar su disposicion y talento, permitasenos consignemos, tal vez contra su modestia, los nombres de los Señores Saracibar y Saez. Pero lo mas notable de este establecimiento, es sin duda el original y galante modo con que dos veces al año se distribuyen los premios á sus alumnos, en 23 de diciembre, y en la víspera del domingo de Ramos; dándosele á las alumnas una sola vez en el dia 31 de Junio. Singular es esta costumbre: en la noche señalada acuden al salon las personas mas condecoradas, y las señoras mas distinguidas, pues estas tienen por mision, al ir á aquel sitio, no solo la satisfaccion que debe caberles en el adelanto de sus parientes premiados, sino en colocar con sus propias manos, en el pecho de los favorecidos, las cintas y medallas que reciben por lo regular de las de la autoridad mas respetable de dicha capital, invitada con anterioridad para la distribucion de estos premios.

Con este motivo ofrecemos hoy en corroboracion á nuestros suscritores, el análogo discurso que pronunció en este acto una de sus últimas Autorida-

des, segun se encuentra en el Boletin oficial de aquella provincia, del martes 26 de diciembre de 1843.

Antes empero de concluir, tributamos las debidas gracias al adelantado discípulo de esta escuela, que con tanta generosidad se ha desprendido del dibujo propio que poseyera, en nuestro personal abseguio.

El Sr. Gefé político é Intendente D. Miguel Rodríguez Ferrer, (dice el Boletin) concluida que fué la distribucion de las medallas y cintas que ponía en manos de las Señoras, para que segun costumbre las fijasen estas en el ojal del vestido de los alumnos, cerró el acto con la siguiente improvisacion, en medio del silencio mas religioso:

«¡Cuán grande, cuán noble é interesante es el objeto que hoy nos reúne aqui en este sitio! No parece, Señores, sino que renovamos en esta noche, y en este templo que los buenos alayes han levantado al honor de las artes, aquellas escenas de los primitivos siglos, cuando tambien de noche y al fulgor de las antorchas, se reunía un pueblo entero para rendir su particular culto al principio civilizador y cristiano: que las artes, Señores, tambien necesitan como la moral, su religion y su culto. Si alli las hogueras y los tormentos respetaban la lobreguez de las Catacumbas; aqui, Señores, en este suelo pacífico y laborioso, al que ya miro como mi segunda patria, apenas llegan las oleadas de las pasiones políticas, dejándonos premiar el mérito, y distinguir á esta hermosa juventud, esta juventud, esperanza de las artes, y objeto cariñoso de los paternales corazones que aqui la circundan.

«¿Y quereis saber, juventud querida, qué es lo que os anuncian esas cintas y medallas que ahora lucen en vuestros pechos? Pues no solo premian vuestra aplicacion y adelantos: ellas os pronostican tambien un porvenir feliz, si con igual laboriosidad llegais al término de la difícil, pero gloriosa senda que habeis emprendido. Si sois buenos matemáticos y consumados artistas, labrareis vuestra material fortuna, sereis por ella el dulce apoyo de los vuestros, la satisfaccion constante de esta respetable junta, que os ha facilitado las fuentes del saber y del estudio; y lo que es mas, tal vez algunos de vosotros legue su nombre á la posteridad, vuestro nombre humilde ahora y desconocido. Si como matemáticos enfrenais el curso de las aguas, eternizandolos ademas con un puente para la industria ó un proyeto para la sociedad; si como artistas españoles elevais un templo y con él vuestro genio y vuestra fama; ya vivis con ellos para los siglos. Y si á tanto no alcanzais, ¿qué mayor complacencia que dejar escrito vuestro nombre en el modesto altar de una aldea, regado con el religioso llanto de sus vecinos, y humedecido con las lágrimas de admiracion de sus sencillos habitantes? Si: por fortuna esto no es ilusion. Ya saben mis amigos que hace pocos dias he tenido ocasion

(1) Los gastos de los Profesores.	rs. vd.	8,500	
del Portero		500	
del alumbrado		4,000	
de los premios de medallas.		1,400	
de conservacion de edificio y otros gastos im-			
previstos		1,200	
Los ingresos anuales son.			17,496
Sobran cubiertos los gastos.			896

de grabar en mi interior, en uno de los pueblecitos de esta provincia, estos transportes hácia las artes, esta especie de culto hácia el esclarecido nombre de un artista orgullo de esta Ciudad... Olagüel.

«En cuanto á mí, Señores, fiel intérprete en estos momentos de los sentimientos de esta respetable junta, yo me hago un deber en dar gracias á todos los concurrentes por la mayor dignidad que han dado al acto con su presencia; y las doy mas particularmente á las amables Señoras, que han contribuido con sus gracias á su mayor realce, habiendo tenido en él una fina y trascendental intervencion. Sí, trascendental: que si en los pasados tiempos vencieron en las lides nuestros guerreros padres al influjo de sus manos, calzándoles las espuelas; no es menos elevada la mision que esta noche acaban de tener, estimulando y poniendo al pecho de sus compatriotas, esas cintas y medallas con que han premiado su aplicacion y sus adelantos.

«Plegue al cielo, Señores, que continúen siendo buenos, aplicados, y tan dichosos como mi razon se lo desea.»



EL ALBUM DE FRANCISCO PACHECO.

V.

Fernando de Herrera.

A pesar del grande y reconocido mérito de este célebre poeta español, que mereció el renombre de *divino*; ni sus contemporáneos nos dejaron una noticia exacta de la época de su fallecimiento, ni las mas laboriosas diligencias de los eruditos han logrado aclarar este punto. Por lo tanto, y siendo tan conocida de todos su vida, preferimos copiar solo el final del elogio de Pacheco, en el que habla de este suceso.

Concluye así el escritor biográfico. «Al cual (habiendo sido de sana y robusta salud) llevó el Señor á mejor vida, en esta ciudad, á los 63 años de su edad, el de 1597, y aunque muchos aventajados ingenios hicieron versos en su alabanza, me pareció poner aquí parte de un elogio de Pablo de Céspedes, por ser persona á quien estimó mucho Fernando de Herrera: despues desta epigrama latina que el licenciado Rodrigo Caro ofreció á su retrato, digna de su erudicion.

In Fernandi Herrera effigiem epigramma.

Vivis? et á tumulo superis datur ora tueri
Fernande? au fallax ludit imago? quid est?
Subductum morti video; et juvat usque morari:

Felix Elysium nam tenet umbra nemus.
Post Manes tumulumque manes, et funeris expers
Vivis ab effigie, vivis ab ingenio.

Principia aquí el elogio de Pablo de Céspedes, que copiamos íntegro, por ser muy digno de leerse y de conservarse, no solo por el objeto, sino por la persona que lo escribió, tan justamente celebrada, y de la que tan pocas obras nos ha conservado el tiempo.

Bien puedo confiar de la bonanza
Que tantas veces prometió el engaño,
Y trocar en dolor tierna esperanza
Que el corazón alimentó en mi daño.
Mas ya no mas, no burle confianza
Con mentirosa faz al desengaño;
Y cambia l'aura presurosa y viva
de fortuna, el amor, mi mente esquivá.

Volví mis ojos con descuido un día
Con descuido volví los ojos míos
A dos Soles bellisimos, y via
Con un casto desden mostrarse pios.
O que breve contento, ó que alegría
Caduca, ó bienes de mi bien vacios,
Niebla oscura y cruel cubrió el tesoro
Que vi por las patentes puertas de oro.

Qué hago pues? á donde iré que pueda
O remediar, ó desterrar mis males?
Allá quizá do el gran planeta veda
Aliento á los ardientes arenales;
Y con perpétua sed la Libia queda
Yerma de gente, bosques y animales,
O con pie vago contrarios Axes.
De Cithia fiera, ó del Gortynio Oaxes.
Dichoso tú, pues tan dichoso hubiste
El raro don del cielo soberano,
Donde el cielo, ó Pacheco, en que consiste
La flor suprema del ingenio humano,
Que con vivos colores mereciste
Llegar do llega artificiosa mano,
Y con el verso numeroso, en suma,
A emparejar con el pincel la pluma.

Tú que del torpe olvido sonoliento
Levantaste la imágen verdadera
Contra la ley del tiempo y movimiento
Al divino Fernando de Herrera:
A ti pues toca con sublime acento
Celebrar sus despojos de manera,
Que no envidie de Máusolo la gloria,
Ni de la antigua Memphis la memoria.

Tú, Pacheco, en la sombra ópaca y fría
Enseñas sosegado al monte, al llano,
El nombre á resonar que en tí confia
Vivir, y al tiempo no resiste en vano;
Dichoso, si los dos en compañía
El sagrado argumento mano á mano
Prosiguieran contigo, ver espero
El Echionio Píndaro, y Homero.

Dos que esceden al rayo almo y sereno
Que á la bermeja aurora va delante,
Dos esparcidas luces de el terreno
Que el hermano ilustró de el Mauro Atlante,
Don Juan de Arguijo en el Aonio seno
Criado en Pindo, u Olmio resonante,
Y Juan Antonio del Alcazar guía
De valor, de nobleza, y cortesía.

Carta ninguna habrá que aceta sea
Al laureado Febo y rubio, cuanto
Aquella en cuya frente escrito lea
El nombre de Herrera, ilustre tanto.
Herrera, el bosque resonar se vea,
Y forme al viento volador su canto
El verde mirto, y el laurel florido,
Y el álamo de Alcides escogido.

Desplegaba ya l'alba el aureo velo
Do resplandece su inmortal tesoro,
Y el aire alegre en el color de yelo

Muestra un misto matiz de fuego y oro:
Ni recoje del todo el dubio cielo
Las bellas luces del ardiente coro,
Ni el cándido digustro y Amarantho
Reuye en parte el colorido manto.

En aquella sazón con paso lento
La reina del amor y la hermosura
Dejando el mar cerúleo, y el asiento
De Nereo, y la onda mal segura;
Sulcaba el campo del serreno viento
Entre una niebla transparente y pura;
Arriba acaso, do con voz *Fernando*
Triste cantaba, y con acento blando.

Repite dulcemente sus querellas
Al vario son de resonante Plectro;
A la par los dos soles, y las bellas
Idalias flores, y esplendor de Electro.
Culpa el fiero destino y las estrellas
Señoras, y el soberbio indigno cetro
Que le sujeta á dura ley, y esquivas,
Que del mal de que muere espire y viva.

Como el concepto oyó la Cipria Diosa
La voz suave y la Meonia Lira
Revuelve el carro, de obra artificiosa,
Donde el oro y valor menos se admira.
Hace callar la escuadra numerosa
Que el rico peso por el aire tira,
Todas se ven enmudecer, y en tanto
Venus comienza el regalado canto.

Además de estos bellos trazos de Céspedes á la muerte de Herrera, tenemos hecho á este mismo objeto un soneto de Cervantes, muy recomendable, que se halla en un códice antiguo, de donde lo tomó el laborioso Académico D. Martín de Navarrete para colocarlo en la historia que de su vida escribió. Dice así:

«Miguel de Cervantes, autor de D. Quixote, este soneto hice á la muerte de Fernando de Herrera, y para entender el primer cuarteto, advierto que él (Herrera) celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre *Luz*. Creo que es de los buenos que é hecho en mi vida.

SONETO.

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la mas alta cumbre,
El que á una *Luz* se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas.

El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió, y dejó en divinas transformadas.

Aquel á quien envidia tuvo Apolo
Porque á par de su *Luz* tiende su fama,
De donde nace á donde muere el día.

El agradable al cielo, al suelo solo
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fria.

D. Diego Felix Quijada, poeta tambien de su tiempo, compuso un célebre epitafio para el sepulcro de Herrera, digno de especial mencion.

Epitafio á Fernando de Herrera.

Non obiit sed Abiit.

Los Elisios cipreces donde suena
Tu nombre frecuentado por divino
Ciñan al padre Betis cristalino,
Urna tuya ha de ser toda su arena.

No te malogre la inscripcion agena,
Canta si quieres epitafio dino.

Solo puede ofrecer el peregrino
Elogios mudos en tan fausta pena.
El orbe que tus números aclama
Probará que es ociosa diligencia
Y que en exequias tu opinion se infama.
Viva Fernando, viva tu elocuencia
Porque siendo inmortal tu heroica fama
No fue muerte la tuya sino ausencia.

Este es el último fragmento que podemos ofrecer á nuestros lectores, de la interesante obra de Francisco Pacheco, porque si bien es verdad que aun poseemos el elogio de Arias Montano, como ya nos hemos ocupado de su biografía, lo creemos de todo punto inútil.

Mucho ganaria sin duda la historia de nuestra literatura, con que pareciese el correcto original de esta preciosa obra, que como hemos dicho, se regaló al Conde-Duque de Olivares; las muchas noticias que en ella se encontrarían, tanto acerca de los escritores, como respecto á sus obras, serian de suma importancia para la aclaracion de tantos hechos dudosos, y de tan encontradas opiniones como existen. En ella tal vez se nos daria alguna idea de ciertas obras, ó desconocidos hoy, á destruidas por el tiempo é ignorancia. Pero en tanto que esto no sucede, sirvan al menos estos retazos como una muestra incompleta del gran mérito de la obra.

L. VILLANUEVA.



CRONICAS FANTASTICAS.

SEMBLANZAS DE LOS ENAMORADOS.

Novela semi-historia, ó historia semi-novela.

POR D. R. DE VALLADARES Y S.



¡Acababan de dar las doce de la noche!

Una hora escasamente haria que abandonado mi cuerpo á las sinuosidades del muelle lecho, buscaba inútilmente calma y tranquilidad. Al dar la última campanada de las doce.... me levanté. Abri el pequeño balcon de mi reducido cuarto, y se ofreció á mi vista una noche clara, serena, apacible. Hirien-

do la brisa mi fatigado rostro, senti un placer inefable, se dilató mi alma, y al contemplar la magestuosa luna que abrillantaba los objetos, al observar las caprichosas y recortadas sombras que dibujaban los edificios, al admirar aquel silencio sublime que aun sublima mas la inyeccion que producen en el aire los insectos, me senti superior á mi mismo.... inspirado tal vez.

¿Qué dá vida, me dije, á ese campo santo de vivos, donde dentro de pocas horas reinará la mas espantosa agitacion, la mas fantástica volubilidad?

Nada, nadie respondia á mi pregunta.

Entonces volvi á cerrar de nuevo el balcon y tembloroso, bajo el vértigo de una horrorosa pesadilla.... me dormí.

¿Qué dá vida al mundo, repetia?

De repente! Me vi en un campo inmenso.... in-



menso, iluminado por una luz mas clara que la del sol, mas fria que la de la luna. Cuando yo descubri aquel panorama, estaba desierto, pero una música



penetrante crispó mis nervios, contrajo mis potencias, y derramó por mis sentidos un bálsamo tan sensual, que me arrebató en indefinible éstasis.

Luego aquel campo se cubrió de personas para mi desconocidas.



Eran hombres y mujeres de todas clases, de todas categorías, y entrelazadas las unas con las otras.

Yo corria en todas direcciones, queriendo reconocer á algun amigo, como el extranjero que busca en otro pais un punto de contacto con el suyo.

—¿Me conoces?—me dijo un jóven cuyas faccio-



nes representaban inconstancia, la ceguedad, el interés, la escentricidad.

Yo nunca te he conocido, le dije, sin que estuviese muy en concordancia la respuesta con la conviccion.

—¿No sabes lo que dá vida al mundo?

—No!

—El amor! Yo soy el amor!

—Y yo el demonio!—gritó un mónstruo que aji-



tando fuertemente su muleta, se interpuso entre los dos.

Despues vi con asombro que el amor y el mónstruo se daban las manos.

—Escucha, me dijo el amor. Yo soy el que presta animacion á ese mundo en que vives, ó en que mueres; todos sienten mi despótico yugo; pero sin embargo, los hombres son muy necios: creen que el mejor retrato es la caricatura, y es preciso que se convenzan de lo contrario. Anda, ridiculizales sus caprichos, sus pasiones.....

—Yo? Ignoro lo que me dices.

—Ven, ven, replicó el amor. ¿Ves ese demonio que nos ha interrumpido, pues ese te prestará sus

originales; esos pliegos que lleva ocultos son sus observaciones. Nadie se las ha querido tomar... porque es poeta y busca un nombre. Todos buscaban en él ese nombre, y ninguno se lo quería dar. Me los ha ofrecido; tómalos....

Llamó al diablo-poeta y le pidió sus manuscritos. Este por toda respuesta, me abrazó y me dijo.

—Solo te exijo una cosa; que no trunques mis ideas; que no me robes ni me satirices. Te los doy porque no eres editor; yo odio á los editores.

Después pasaron muchas cosas... muchas. Ninguna recuerdo.

Serian las seis de la mañana cuando yo salía de mi lecho fatigado, y escuchaba á mi fámulo que me decía:

—Para V. han traído este pliego.

Lo abrí, y me encontré con que mi pesadilla se realizaba. Un escritor, cuyo nombre ignoro, me pedía que imprimiese lo que se le había ocurrido acerca del amor.

Ya por respetar aquella vision; ya porque encontré curiosos los apuntes, juré llenar los deseos del observador, y hoy los cumplo.

No son míos, y aunque lo fuesen, no oír el público con agrado las verdades que encierran?

Creo que sí. Puede que nó.


En ambos casos.... Lo mismo me dá.



ESTUDIOS HISTORICO-BIOGRAFICOS.

DON ALONSO EL SABIO.

ARTICULO II.

a ausencia de D. Alonso como la de todos los reyes, causó muchos daños: uno de ellos fue que el rey de Marruecos, brindado por el de Granada, vino de Africa á España con el mayor ejército que vieron nunca los campos andaluces, pues los caballos eran solo 17000. Dividido el ejército en dos trozos, comenzó á molestar los pueblos de Andalucía: costó la resistencia la vida á D. Nuño de Lara, á Don Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del de Aragon, y al príncipe D. Fernando, Gobernador del Reino: dejó este dos hijos bien encomendados á Don Juan de Lara. Con la muerte de este Príncipe, comenzó á bullir en el Infante Don Sancho su hermano, hijo segundo de Don Alonso, aquella bravura heredada, aquel natural ardimiento con que siempre descolló valiente, rindiendo voluntades, y avasallando afectos. Considerando al reino en apuro, se hizo Capitan valiente en su defensa, guarneció bien las plazas mas im-

portantes, y congregando ejércitos, hizo rostro al orgulloso africano: casi sin derramamiento de sangre atemorizó al moro, de manera que se volvió á Marruecos con menos gente, con menos pompa, y con ningún orgullo. Con estos ensayos, ya el vulgo le aplaudia como á rey, aun viviendo su padre, y como nunca sientan mal las lisonjas á los Príncipes, agradaba á don Sancho aquel apellido réjio, y mas cuando estaba próximo á la sucesion de la corona.

Llegó á Toledo el rey D. Alonso, cabizbajo, aumentando su disgusto la triste nueva de la muerte del Príncipe D. Fernando. Vino el Infante D. Sancho á grandes jornadas á visitar á su padre, y aunque en la apariencia su designio era bueno, la intencion iba dirigida á que se le sentase el derecho de sucesion con gusto de su padre y voluntad del reino. Quien trabó la conferencia fue D. Lope de Haro, sintiéndolo mucho el rey, tanto porque se tratase de sucesion en su vida, cuanto por el agravio que venia á hacer á sus nietos, hijos del Príncipe D. Fernando, á quienes amaba en extremo. Con todo, á instancia del Infante Don Manuel su hermano, amigo ya de D. Sancho, se juntaron Cortes en Segovia, donde se ventiló el derecho, y prevalecieron los votos, saliendo sentencia en favor de D. Sancho. Como le miraban tan dueño de los corazones, temieron los menos afectos darle enojos, juzgando por bien comun no quitarle la corona, y venciendo en esto mas el derecho de las gentes que el de la sucesion, trayendo quizá razones del tiempo de los godos. Poco aprovecharon para que la Reina Doña Violante dejase de sentir mucho el que antepusiesen á Don Sancho, y despreciasen la tierna edad de los nietos, que como son dos veces hijos, tenian doble lugar en el corazon. Para mostrar su sentimiento y sacarlos del peligro notorio en que estaban, valiéndose de la industria, se pasó con ellos á Aragon, donde su hermano D. Pedro era ya rey por muerte de D. Jaime. Esta idea ocasionó muchos alborotos, costando la vida á los que por sospechas tuvieron parte en ellos, como fueron el Infante Don Fadrique, hermano del rey D. Alonso, y D. Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, que el uno fue degollado en Burgos y el otro quemado en Treviño; crueldad que malquistó en gran manera los progresos de D. Sancho, y que no reprimió Don Alonso, porque disgustado con la ausencia de la Reina, mas cuidaba de atraerla por ruegos al de Aragon, que de inspeccionar los enjuiciamientos de sus Estados. Ventilado al fin, el negocio, se acordó que la Reina volviese con su marido, y que los Infantes quedasen en Aragon, acojidos á sus fueros: pusieronlos en el Castillo de Jativa, no sin lágrimas de Doña Blanca su madre, que viendo á sus hijos apriisionados de su propia sangre, en la que mas confiaba, y temiendo mayor cautiverio, se pasó colérica á Francia, para que el rey su hermano tomase las armas contra Aragon y Castilla.

Orgulloso andaba D. Sancho, rompiendo me-

días lunas por los reinos de Granada, y ganando aplausos que venian á ser desaires á su padre. En efecto, ya D. Alonso empezó á sentir desprecios de sus vasallos, sin que sus fuerzas agotadas por la fatiga y la edad, bastasen al remedio, y así es que movido de los desacatos de D. Sancho, comenzó á dar el derecho de la Corona á sus nietos. Súpolo Don Sancho, y procuró ganarse las gratitudes de los reyes comarcanos: sentó sus alianzas con Aragon y Portugal, haciendo los homenajes que se usaban entonces de ser amigos de amigos y enemigos de enemigos, y con el rey de Granada hizo otro tanto, remitiéndole las dos partes del tributo que pagaba. D. Alonso, aunque con menos poder, buscando tambien socorro, despachó á Francia sus embajadores para que el rey Felipe, como tío que era de sus nietos, buscase medios para ponerlos en libertad; convocó ademas cortes para Toledo, siendo su intencion apaciguar los ánimos de los nobles, y reducirlos con suavidad á su gracia, pero muy poca jente acudió á su llamada, y mucha á la que D. Sancho en contraposicion hizo en Valladolid, donde ya la rebelion se presentó descarada, haciéndose público el levantamiento y las voces de ¡viva el Rey D. Sancho! Aunque él mostró repugnarlo, diciendo que en vida de su padre no consentiria que le usurpasen el nombre y honra de rey, sin respetar su modestia, salió sentencia pública con el nombre del Infante D. Manuel, tío de D. Sancho y hermano del Sabio rey, en la que privaron á este de la corona, tan tos siglos heredada y tantos años poseida.

Abochornado D. Alonso del enojo, vibró iras con el hijo, queriendo esterminarle con maldiciones. No logró así su venganza, antes por el contrario fue castigado del cielo su desastre por ciertas proposiciones temerarias que dijo en dos ocasiones, llevado de su ciencia. Quiso, dicen, poner falta, ó la puso, en lo que Dios hizo, y para retractarse fueron necesarios horribles castigos. Horrorosa tempestad envuelta en piedras y rayos amenazó una noche á Sevilla! Hasta el mismo lecho real llegaron las centellas, quemándole á la Reina parte del tocado! Dícese que confesó el rey su culpa, y serenóse entonces la tempestad.

Cuando supo D. Alonso lo que pasaba en Valladolid, temió quedarse en Toledo, ya por hallarse desprevenido para la lucha que le amenazaba, ya por la ninguna confianza que tenia en sus súbditos, afectos todos á su hijo, y así receloso de la última desgracia, despidió las cortes, y se partió á Sevilla. Solo en esta ciudad y en la de Murcia halló lealtad y pechos dispuestos á arrostrar los empeños de una lucha. Recibieronle con muestras de hondo pesar, y él lastimado y ofendido, privó solemnemente en una junta á D. Sancho de la sucesion del reino, con palabras demasiado fuertes. Todo era despechos, todo iras, todo enojos, y viendo la guerra civil que le amagaba, comenzó á buscar socorros. En España halló cerrados todos los puertos, ganadas todas las fuerzas de católicos é infieles, que

estaban declaradas por su hijo.

No hallando ya otro camino, determinó valerse del rey de Marruecos, al cual por medio de Don Alonso de Guzman, señor de S. Lucar, pidió dineros y gente, enviando en prendas su Corona real, que era de un precio muy subido. Estaba Alonso de Guzman en la corte del rey bárbaro, muy festejado, y por no sé sabe qué disgustos con el rey Alonso, se pasó á Africa; remitiendo este la ofensa é impulsado por la necesidad, le escribió una carta, que obra en poder de los Duques de Medina-Sidonia, en la que con palabras humildes y sentidas le pedía recordase la antigua amistad y su nobleza, y recabase del Moro el socorro que suplicaba, á lo que eternamente le quedaria reconocido. Acudió Guzman á su deber, é informando al infiel de su pretension, accedió este gustoso, teniendo presente que el que pone paz entre dos combatientes, suele sacar la mejor parte, y mas cuando es extranjero. Con un numeroso ejército pasó á España, viéndose con D. Alonso en un pueblo del reino de Granada, y tratándose desde luego el modo de comenzar la guerra. Al poner el cerco á Córdoba, que estaba por D. Sancho, tuvo D. Alonso aviso de que el moro queria hacerle prisionero, y se volvió á Sevilla, no pudiendo continuar tampoco por otra parte, porque habiéndose divulgado el recelo del rey, resentido el bárbaro se volvió á Africa con sus jentes.

No fue esta sola vez la que se valió D. Alonso del Africano; antes con segunda súplica le trajo en su ayuda; pero todas fueron diligencias inútiles, porque el Infante D. Sancho se encontraba muy poderoso con el amparo de los Grandes y de casi todas las ciudades. Murcia y Sevilla eran las únicas ciudades leales, pero como su fuerza era poca, de dia en dia se iba disminuyendo su poder, y retrayendo la poca nobleza afecta al infeliz rey. Llegó al fin este á reducirse á vida particular, mas alentado por aquel ánimo fuerte que nunca le desamparó, y fijo siempre en el fanal de la esperanza, llevaba con valor todo el peso de su desdicha, creyendo que algun dia su causa justa brillaria radiante, y recuperaria su majestad, pero ni aun esta alegría le permitió su mala suerte.

Reducido ya al último extremo del infortunio; desterrado entre sus reinos, solo entre los suyos, y pobre entre sus tesoros, acudió por medio de sus Embajadores al Pontífice Romano, que era á la sazón Martino Quinto, y delante de él acusó á Don Sancho de ingrato, inobediente y cruel, pues haciendo armas contra quien le dió la vida, le habia usurpado el mando y la corona. Dió grato oído el Pontífice á su justa demanda, y doliéndose de que un Príncipe tan sabio como D. Alonso hubiese venido á tal miseria, espidió bula escomulgando á todos los Grandes y Caballeros que contra D. Alonso siguiesen al Infante D. Sancho, y para la ejecucion nombró sus jueces, para que en todas las ciudades y villas que seguian aquel rumbo, se pusiese *entre-dicho*. Ejecutóse esto con suma puntualidad, viéndose

se entredicha Castilla, cerrados sus templos, y afligidos sus naturales, aunque reducidos algunos á Don Alonso por el miedo á las censuras. De las ciudades hicieron algunas lo mismo, mas todo era poco alivio, pues ni con esto crecía la autoridad de Don Alonso, ni el poder de D. Sancho se disminuía. Ocasiónóse, empero, que entre padre é hijo se tratase de amistades, y para ello acordaron ambas partes verse en determinado punto; pero la mala fortuna representada en los discolos que medran en las guerras civiles, y que miran la paz como la muerte, como la pérdida de sus depravados intentos, quiso que naciendo en los pechos reales el recelo de que la malicia impulsaba solamente aquellas avenencias, se retrajesen padre é hijo de avistarse, y al fin resueltos á no sucumbir mutuamente, se retirasen. D. Alonso desde Constantina á Sevilla, y D. Sancho desde Guadalcanal á Salamanca.

No quiso, pues, la suerte que se viese este rey restituido á su antigua majestad. Asaltóle, por último la muerte, cuando ya tal vez había perdido el

único rayo de esperanza que le alumbraba. Nombró á sus nietos para la sucesión á la corona, y escluyó de ella á D. Sancho, cumpliendo, ó con su obligación ó con su afecto; mandó que su corazón se enterrase en el Monte Calvario de Sevilla y su cuerpo en la iglesia de la misma Ciudad, ó en la de Murcia, como memoria de lo fieles que siempre le fueron estas ciudades. A Murcia se le dió el corazón y las entrañas, cuyas cenizas se conservan junto al altar mayor de la iglesia Catedral; y á Sevilla se le entregó el cuerpo que yace enterrado en la capilla denominada de los Reyes, junto al túmulo de sus padres D. Fernando y Doña Beatriz, no cumpliéndose en esto con su soberana y última voluntad.

Su muerte acaeció en Sevilla en el mes de Abril de 1284.

Por su ciencia le persiguió la envidia, y fue desgraciado, porque rara vez asesta sus venenosos tiros contra el ignorante. Esto prueba mas y mas que la inteligencia es un verdugo, y que el reino del saber no es el reino de este mundo.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS.

(Edición de lujo.)

Colección de leyendas, hechos históricos, cuentos tradicionales y costumbres populares.

Se han publicado de esta interesante obra doce entregas, que contienen, una tradición religiosa del siglo XI por el Sr. Larrañaga, y otra fantástica de Vizcaya de D. José María de Andueza.

Están en prensa cuatro entregas mas, en las que se inserta un lindo cuadro de costumbres del Sr. Hartzenbusch.

El precio de suscripción es en Madrid 8 rs. cada mes; 24 por trimestre, 45 por semestre, 90 por año; y en las provincias 10 rs. al mes, 30 por trimestre, 57 por semestre y 114 al año.

Puntos de suscripción. En Madrid.—Viuda de Jordan, Castillo Brun y Razola.

Provincias.—Puntos del Establecimiento de P. Madoz y L. Sagasti.

MADRID, 1843: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.